

## **LAS RAÍCES DE LA BONDAD** **Una lectura social de Filipenses**

Viendo ciertas actuaciones humanas, heroicas algunas, humildes otras, más de una vez se pregunta uno por las raíces de la bondad. Lo expresa muy bien el poema de G.Benn: “He encontrado a personas que, con los padres y cuatro hermanos en una sola habitación, crecieron, y de noche, con los dedos en los oídos, aprendieron en el fogón, se elevaron, exteriormente bellas, y señoriales como condesas, e interiormente suaves y diligentes como Nausicaa, y tenían la frente pura de los ángeles. Me he preguntado muchas veces, sin encontrar respuesta, de dónde viene lo suave y lo bueno, tampoco hoy lo sé y ya me tengo que marchar” (Cf G.Martín Garzo, *El hilo azul*, p.74-75). No sabemos por qué existen personas que, independientemente de sus circunstancias, logran vivir una vida buena. Su carácter permanece suave y sin aristas. Ni la maldad ni la miseria logran abatirlos. Estos individuos excepcionales, difíciles de encontrar pero que pueden aparecer tras doblar cualquier esquina, son sabios precisamente porque son buenos, porque aprecian la belleza del mundo y se conducen en él con suavidad.

Algo de esto aparece en el subsuelo de la carta de Pablo a los Filipenses. Quizá sea su última carta, escrita en la prisión de Roma hacia el 61, después de lo cual se pierde el rastro del apóstol. Otros hablan de la prisión de Éfeso, con lo que sería anterior al 55. La relación de Pablo con la comunidad de Filipos fue de amor a primera vista. Llegó a esta ciudad, mayoritariamente pagana en su segundo viaje. La presencia judía era escasa y pobre. Por no tener, no disponían ni de un lugar de oración; se reunían a la orilla del río (Hech 16,13). Pero Pablo se sintió en aquella pobreza con libertad. Habló desde el corazón y el Mensaje tocó el corazón de alguna mujer de aquellas, como Lidia (Hech 13,15). Fue el comienzo de una gran amistad, como suele decirse. Una amistad nunca defraudada y varias veces corroborada en los momentos de dura necesidad que sufrió Pablo. Seguramente que en la soledad de su prisión él también se preguntaba por el origen de esta bondad.

La carta no teoriza sobre la bondad: la percibe, la aprecia, la agradece y, quizá sin pretenderlo, da con el núcleo creyente y humano de la misma: para Pablo la bondad radica en la entrega de Jesús. Él es el ideal de persona bondadosa con la historia hasta límites de total entrega. Construye así Pablo toda una valoración de Jesús y de la comunidad cristiana desde el lado de la bondad. Y precisamente por ello, sus hallazgos y experiencias son aplicables a toda persona bondadosa, ya que la bondad radica en los pliegues del alma, no en las diferentes ideologías. Pablo conecta con el ideal machadiano de bondad: “bueno en el buen sentido de la palabra”. Dentro de su modestia, este es un ideal de altísimo vuelo en el camino humano. No se trata de retroceder hasta la bondad originaria porque la bondad está al final, no al principio. Se trata de caminar en la dirección que el ideal de bondad, sembrado en el núcleo de la historia, va marcando a la persona.

Nosotros recorreremos la senda de la bondad en Filp haciendo una lectura social del texto. Es un tipo de lectura que, por la capacidad inspiradora del Mensaje, ilumina el hoy social, siempre necesitado de luz; una lectura que ayude al lector a creer en la bondad, ya que esta clase de fe (que demanda el Evangelio) es, con frecuencia, escasa en nuestros mercados de la vida; un tipo de lectura que nos aleje de la especie de vergüenza que parecen sentir las personas buenas a la hora de vivir su bondad en un contexto que, aparentemente al menos, menosprecia esa clase de valores; una manera de leer que nos haga percibir la verdad de que de las grandes catástrofes humanas no nos salva la fuerza, sino la humilde bondad. Ya lo dice E. Sábato: “Cada vez que hemos estado a punto de sucumbir en la historia nos hemos salvado por la parte más desvalida de la humanidad” (*Antes del fin*, p.181). Una lectura social de este nivel contribuye con decisión a mejorar el camino de la existencia, verdadero y primario interés del Mensaje.

Hay autores, como M.Gauchet, que dicen que es preciso desencantar el mundo librándolo, mediante la asunción de un saludable laicismo, de la férula religiosa. Pero se podría volver a encantarlo, a darle ilusión y ánimo, desde la bondad. Esta no tiene ningún efecto perjudicial, la bondad nunca es nociva. Más aún, es necesaria. No solamente para encajar con humanidad el peso de los días, sino también para abrirse a ámbitos de creatividad, de amor y, por supuesto, de fe. Pablo, el viejo escritor de cartas, puede ayudarnos hoy a descubrir esas raíces de la bondad, ocultas siempre, pero vivas y vigorosas en su fecunda soledad.

## 1. Lectura sincrónica

Hacemos una relectura de Filp bajo esa idea aglutinante de la bondad. Desde ahí reorganizamos la lectura. Lo que se fuerza en el esquema de la carta se gana en la profundización del pensamiento.

### *Momento primero: bondad y solidaridad*

Hay quien pensaría que la solidaridad es una consecuencia de la bondad, pero nosotros la entendemos como un previo: la bondad es una respuesta a la acción solidaria, a la entrega efectiva, al abrazo que se da. Así ocurre en Filipenses. Pablo vio, quizá ante su sorpresa, dado que la comunidad de Filipos debía ser mayoritariamente pagana, que aquellos cristianos lo trataban con generosidad, con aprecio, sin mirar otros trasfondos que su necesidad. Y entonces brotó imparable y sólido el afecto. La ocasión inmediata de la carta, estando Pablo probablemente preso en Roma o en Éfeso, fue la vuelta de Epafrodito, portador de la carta, que había sido enviado por la comunidad para atenderle a Pablo, llevándole al mismo tiempo algún dinero para su mantenimiento. No era la primera vez que ayudaban a Pablo económicamente. Y, contra su costumbre, él aceptó estas señales de amistad.

Estos asuntos relacionales son “íntimos”, delicados, personales: “Espero mandaros pronto a Timoteo... porque no tengo ningún otro amigo íntimo que se preocupe lealmente de vuestros asuntos” (“*Timotheon takheôs pempsai hymin... oudena gar ekhô isopsykhon hostis gnêsiôs ta peri hymôn merimnêsei*” 2,19.20). La relación con Filipos no es por interés, sino por profunda amistad: “Todos sin excepción buscan su interés” (“*Hoi pantes gar ta heautôn zêtousin*”: 2,21), no así Timoteo, ni Epafrodito, ni Pablo. La bondad no puede surgir con el interés de por medio. Más aún, Pablo ha visto que la comunidad ha arriesgado en Epafrodito, “quien estuvo a punto de morir” (“*Kai gar*

*êsthenêsen paraplêsiôn thanatô*”: 2,27a). Su recuperación es causa de alegría para todos, porque las fuertes entregas quedan recompensadas con el gozo y el alivio que brota del amor: “Os lo mando lo antes posible, para que viéndolo, volváis a estar alegres y yo me sienta aliviado” (*Spoudaioterôs oun epempsa auton hina idontes auton palin kharête kagô alytoperos hô*”: 2,28). Este misterio de la solidaridad efectiva muestra que los filipenses ven en el pobre Pablo, necesitado y preso, a la persona de Jesús: “por la causa de Cristo ha estado a punto de morir” (*Hoti dia to ergon Khristou mekhri thanatou êggisen*”: 2,30). La causa de Pablo es la causa de Cristo. Esto es lo que ha empujado a la comunidad a arriesgar en ese peligroso viaje de Epafrodito.

No ha de extrañar que brote la alegría, no solamente por la recuperación del enfermo y el sosiego de Pablo y de la comunidad, sino por la honda percepción de que el entreveramiento de relaciones comunitarias desvela lo que es vivir “en el Señor”: “Por lo demás, hermanos míos, estad alegres con el Señor” (*To loipon, adelphoi mou, khairêre en kyriô*”: 3,1a). Es la alegría de comunidad creyente que engloba la humana y profundiza hasta descubrir en su fondo el rostro mismo de Jesús que se alegra con la solidaridad humana.

### **Momento segundo: la bondad de Cristo**

Es el núcleo espiritual, y aun teológico, de la carta, el conocido himno cristológico de Filp 2,6-11. La motivación del himno es clara: la comunidad de Filipos es bondadosa y solidaria, pero tiene sus debilidades, como humana que es. Y una de ellas, muy común por otra parte, es que existen indicios de división en la comunidad. Los remedios que da Pablo para atajar esta desviación son los de siempre: a) correcta autoestima para no ponerse ni por encima ni por debajo de los demás: “en vez de obrar por egoísmo o presunción, cada cual considere humildemente que los otros son superiores” (*Mêden kat'eritheian mêde kata kenodoxian, alla tê tapeinophrosynê allêlous hêgoumenoi hype-rekhontas heautôn*”: 2,3); b) mirada distinta a la realidad del otro, a su sufrimiento, a sus anhelos, saliendo de ese círculo cerrado que es la mirada exclusiva a uno mismo: “y nadie mire únicamente por lo suyo, sino también por cada uno de los demás” (*Mê ta heautôn hekastos skopountes, alla kai ta heteron hekastoi*”: 2,4).

Por si esto no bastara, propone Pablo su argumento final: “la actitud del Mesías Jesús” (*Ho kai en Khristô Iêsou*”: 2,5b). Con un visión un tanto trascendentalista, como no podía ser menos en Pablo (Cristo estaba en la condición de Dios-se despoja voluntariamente-el Padre lo exalta) explica cómo Jesús entra en el fondo de la vida por su solidaridad con lo débil, sin querer aferrarse, como Adán (Gen 3,5) a la “categoría de Dios” (*To einai isa Theô*”: 2,6b). Por vía de la adhesión a lo débil sin vanas pretensiones adámicas, “se abajó obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz” (*Etapeinôsen heauton genomenos hypekoos mekhri thanatou, thanatou de staurou*”: 2,8), el Padre lo ha exaltado: “Dios lo encumbró sobre todo” (*Ho Theos auton hyperypsôsen*”: 2,9). Esto habría de ser suficiente para frenar cualquier conato de división o actuación por propio interés en la comunidad de Filipos.

Pero nosotros lo leemos desde la perspectiva de la bondad. Según este texto, la bondad no viene de arriba, de Dios, sino de un “simple hombre” (*Hôs anthrôpos*”: 2,7c), del fondo mismo de la historia. Por eso mismo, la bondad pertenece a lo humano, aunque sean también los humanos quienes conculquen esa bondad. La percepción de que la bondad pertenece a la vida se verifica en la medida en que los humanos se vuel-

quen al débil, como lo ha hecho Jesús en maneras de hondísima solidaridad, en “condición de esclavo” (“*Morphên doulou*”: 2,7a). Más aún, esa es la única forma de entender en la historia al Dios bondadoso. El triunfo de Jesús es entonces la verificación de la bondad en el rostro de la historia, la certeza de su posesión en las limitaciones de la existencia, la seguridad de que el mal no tendrá la última palabra en el proceso de la historia y terminará “doblando su rodilla” (“*Pan gonu kampse*”: 2,10a).

Se encierra aquí todo un mecanismo espiritual que podemos concretar así: la bondad anida en la vida y brota en ella. Se verifica esta “verdad” en la solidaridad con el débil. Así se puede entender a Dios como aliado y hermano de la vida y también se puede mantener la fe en el triunfo de la vida sobre la muerte y la maldad. Sin la bondad lo humano se oscurece. Jesús nos la hecho ver con su estilo de vida y le ha dado una forma de propuesta en el seguimiento.

Este dinamismo no es una vana creencia sino una orientación de vida. Por eso, ha de ser continuamente actualizado: “seguid realizando vuestra salvación escrupulosamente” (“*Sôtêrian katergazesthe*”: 2,12a) para no frustrar en la comunidad la obra de Dios, que no es sino la obra de la bondad: “es Dios quien activa en vosotros ese querer y ese actuar que sobrepasan la buena voluntad” (“*Theos gar estin ho energôn en hymin kai to thelein kai to energein hyper tês eudokias*”: 2,13). Efectivamente, no es cuestión meramente de buena voluntad, de un lirismo de salón. Creer en la bondad es una firme e implicante actitud ante la vida. La trayectoria histórica de Jesús anima a dar cara a semejante reto.

### ***Momento tercero: las ganancias de la bondad***

No se podrá aceptar con benevolencia la espiritualidad de la bondad si no se ven las ganancias que una vida bondadosa puede reportar. Pablo dice que la mayor de las ganancias es “ganar al Mesías e incorporarme a él” (“*Khriston kerdêsô kai heurethô en autô*”: 3,8b.9a). Ganar al Mesías es “haber conocido personalmente” a Jesús (“*Tês gnoseôs*”: 3,8), es decir, haber entrado en el secreto de su persona y de su programa, haber hecho la misma experiencia de bondad que ha animado su existencia, haber creído que la unión con él potenciaba los valores más sustentantes de la propia persona. Y luego, incorporarse a él, entrar en su seguimiento, acoger su programa, ya que esto se considera como el camino más firme para la vivencia y logro de la bondad. Pablo no lo duda: la gran ganancia es Jesús y su proyecto del Reino, plan asentado en la bondad más constituyente del hecho humano. De ahí la profesión de fe que hace en el proyecto de honda bondad de Jesús: “quiero tomar conciencia de su persona, de la potencia de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos” (“*Tou gnônai auton kai tèn dynamin tês anastaseôs autou kai koinônian pathêmatôn autou*”: 3,10a). Estos son sus grandes anhelos. Por esa vía piensa el apóstol que le va a venir no solamente la salvación religiosa, sino el sentido básico a su propio caminar histórico. Por eso, la segunda ganancia de la bondad es el acrecentamiento del sentido. Y más aún, la bondad vivida al estilo de Jesús lleva a pretender la misma última pretensión de Jesús, su camino de muerte y resurrección, su misma gesta: “reproduciendo en mí su muerte, para ver de alcanzar como sea la resurrección de entre los muertos” (“*Summorphizomenos tô thanatô autou ei pôs katantêsô eis tèn exanastasin tèn ek nekrôn*”: 3,10b.11). Esta es la más total de las identificaciones, la mezcla definitiva con Jesús, el abrazo indestructible.

Estas “ganancias” son también una conquista, no una realidad lograda por el simple hecho de anhelarla. Por eso, junto al deseo, brota el afán por recorrer el camino histórico, por pagar los fuertes precios de tal conquista: “no es que haya conseguido el premio...sigo corriendo...lanzándome a lo que está delante” (“*Okhi hoti elabon ê êdê teteleiômai...diôkô...kata skopon diôkô*”: 3,12.14). Se sabe que el premio es seguro. Por eso mismo, se activa el afán personal para que lo seguro, aquello a lo que “Dios llama desde arriba por el Mesías Jesús” (“*Tês anô klêseôs tou Theou en Khristô Iêsou*”: 3,14b), alcance en la historia personal su máximo desarrollo. Este afán es posible desde el punto en que realmente se encuentra el creyente, siempre que se sea “consecuente con lo ya alcanzado” (“*Plên eis ho apthasamen, tô autô stoikhein*”: 3,16).

#### **Momento cuarto: torbellino de alegría**

Esta espiritualidad de la bondad genera un auténtico torbellino de alegría. Para ser una carta escrita desde la prisión (al menos sí lo son algunas de sus partes) llama la atención el continuo recurso a la alegría. Ésta no es considerada como un simple estado de ánimo, sino como un fruto de la vida en bondad desde la perspectiva de Jesús. Esta alegría no se ve empañada ni por la incuestionable amenaza de la muerte (Pablo ha vivido con ella pisándole los talones). Por lo que no es un farol la afirmación de que alegría y muerte son compatibles: “aun suponiendo que mi sangre haya de derramarse...yo sigo alegre y me asocio a vuestra alegría” (“*Ei kai spendomai...khairô kai sygkhairô pasin hymin*”: 2,17). La comunidad de Filipos puede hacerse partícipe de esta honda experiencia de gozo: “lo mismo vosotros, estad alegres y asociaos a mi alegría” (“*Kai hymeis khairete kai sugkhairete moi*”: 2,18).

¿Cómo puede una persona animar a la alegría estando en duras situaciones de vida, como la prisión (tengamos en cuenta que las prisiones antiguas eran lugares de alta mortandad)? Pablo lo hace: “estad siempre alegres con el Señor; os lo repito, estad alegres” (“*Khairete en kyriô pantote. Palin ekhô, khairete*”: 4,4). No es una alegría insulsa, banal, superficial. Está hecha de comprensión, de sosiego, de oración agradecida: “que todo el mundo note lo comprensivos que sois... no os agobiéis por nada... presentad a Dios vuestras peticiones con esa oración y esa súplica que incluyen acciones de gracias” (“*To epieikes hymôn gnôsthêto pasi anthrôpois*”...*mêden merimnate...all'en panti tê proseukhê kai tê deêsei meta eukharistías ta aitêmata hymôn gnôrizesthê pros ton Theon*”: 4,5.6). El fruto primero y básico de esta alegría inserta en la vida será la paz: “la paz de Dios estará con vosotros” (“*Kai ho Theos tês eirênês estai meth'hymôn*”: 4,9b).

Varias veces anima Pablo a estar alegres “con” el Señor (3,1a; 4,4). Es la alegría que brota de la certeza de que Jesús está “con” la persona, con la historia, la certeza joánica de que Dios ha puesto para siempre su morada en el fondo de la existencia (Jn 14,23). El percibirse como profundamente acompañado en los caminos de la vida es lo que puede generar una alegría que nadie podrá arrebatar (Jn 16,22). Es la alegría que se manifiesta en lo grande de la adhesión a Jesús y en lo pequeño de los detalles fraternos: “el Señor me dio mucha alegría porque ahora podéis por fin expresar vuestro interés por mí” (“*Ekharen de en kyriô megalôs hoti êdê tote anethalete to hyper mou phronein*”: 4,10).

#### **Momento quinto: aroma que se difunde**

Eso es la bondad, un aroma que se difunde. En la comunidad de Filipos se cumple el viejo dicho escolástico: “bonum est diffusivum sui”. La comunidad está inserta en ambiente pagano. De hecho, parece que no han estado allá esos contradictores sempiternos de Pablo que revientan todas sus campañas, los judaizantes. En Filipos la mayoría de los cristianos son paganos y la única oposición viene, como es lógico, del lado de los judíos que perciben en Pablo a un contrincante. Por eso, en el texto no hay polémica con el paganismo ambiente, como diciendo que se cree posible una convivencia en el mismo marco aunque las opciones cristianas sean distintas. Da incluso la impresión de que, aun estando en prisión, Pablo tiene acogida entre la gente pagana del pretorio: “el entero pretorio y todos los demás ven claro que estoy en la cárcel por ser cristiano” (“*Hôte tous desmous mou phaneros en Khristô genesthai en holô tô praitôriô kai tois loipois pasin*”: 1,13). Los otros hermanos, al ver esto, “se atreven a exponer el mensaje sin miedo” (“*Tolman aphobôs ton logon lalein*”: 1,14), lo cual quiere decir que hay un cierto ambiente de acogida.

Como es lógico, no ocurre otro tanto con los judíos. Es la asignatura pendiente de Pablo que tratará de remediar de algún modo con la reflexión de Rom 9-11. Pero en Filipenses, como en otras cartas, sus palabras contra ellos son duras: “¡Ojo con esos perros, ojo con los malos obreros, ojo con la mutilación!” (“*Blepete tas kynas, blepete tous kakous ergatas, blepete tên katatomên*”: 3,2). El fragor de la polémica llevaba a estas posiciones extremadas. Como hemos dicho, tendrá que mediar la reflexión de Romanos, para que este asunto pueda estabilizarse un poco.

## 2. Lectura antropológica

Podemos reflejar algunos valores personales que la lectura de Filipenses potencia y resalta. Por evidente que sea el componente comunitario de los escritos paulinos, lo personal no recibe menoscabo, sino todo lo contrario.

- *Los necesarios requisitos:* Para que la bondad encuentre arraigo en el terreno personal son necesarios algunos requisitos. Pablo los formula con cierta explicitud. Entre ellos: el desplazamiento del propio interés, la correcta autoestima para sí mismo y para los demás y la mirada a la vida y, sobre todo, al sufrimiento del otro. Mientras el propio interés ocupe el centro de las preocupaciones personales sin dejar lugar a los intereses ajenos; mientras no se entienda que los intereses de los demás también pueden ser los propios; mientras el esfuerzo por el logro de los propios intereses sea el único dinamismo real de la actividad personal no es fácil entender y acoger la bondad como valor básico e imprescindible para la vida. Si el menosprecio propio o ajeno o la absurda exaltación no se controlan bien, tampoco es fácil percibir la centralidad de la bondad. Cuando se logra cambiar la dirección de la mirada desde uno exclusivamente hacia el colectivo humano-creatural y se llena esa mirada de aprecio, respeto, ternura, compasión y, en definitiva, de amor es cuando puede aparecer la bondad y sus hermosas consecuencias, el perdón, la acogida, la colaboración y el camino compartido.
- *El gozo incalculable de ver salir a flote al otro:* Parece que sobrevivir personalmente al torbellino de los días es la meta de muchas personas y no hay cosa que produzca más gozo. Pero esta alegría necesaria no es, en modo alguno, incompatible con el gozo de ver que el otro también sale a flote. Si una de las mayores satisfacciones de la existencia es ser uno mismo ante el otro, también lo es el

disfrute que se tiene en la presencia del otro, con el disfrute ajeno. La ayuda de la comunidad de Filipos ha logrado que el preso Pablo sobreviviera en tiempos de gran calamidad personal. Esa alegría ha pasado al colectivo comunitario de tal manera que el gozo se ha trasvasado de Pablo a los de Filipos, de Timoteo al apóstol, de éste a Epafrodito. El gozo común se ha multiplicado de manera increíble. No ha de extrañar que la carta rebose serenidad y alegría. Ver salir a flote al débil. “Al alba de la vida, digamos que incluso más allá de toda venida al mundo, las palabras y los gestos significan una *donación a fondo perdido*; no se exige nada a cambio” (J-D.Causse, *El don del ágape*, p.46). Recuperar este sentido de la gratuidad originaria es la puerta para entender desde lados vitales la alegría que puede producir ver salir a flote al otro cuando se halla en evidente necesidad.

- *Sin avergonzarse*: Practicar la bondad en un contexto social que no coloca este valor en el ranking de sus preferencias puede llevar a la persona a hacerlo sintiendo una cierta vergüenza. Pablo no se avergüenza de la bondad practicada con él por los de Filipos y, menos todavía, por básica y central de la entrega de Jesús. Más aún, él cree que eso es lo mejor de su relación con tal comunidad. El desdén con que la sociedad parece tratar esta clase de valores no habría de desalentar a quien se siente atraído por la bondad. En realidad, ese desdén es en gran parte aparente, ya que a nada que hurguemos en las necesidades personales y sociales encontraremos enseguida la demanda indudable de bondad. El mismo silencio de los desfavorecidos es una manera de reclamar un trato justo y bondadoso. La sabiduría tibetana ha acuñado expresiones certeras que pueden desplazar el falso pudor a la hora de la práctica de la bondad: “Cuando todo el bien que he hecho se desenvuelve negativamente, es el arma de mis propias acciones negativas que se torna en contra de mí por pagar la bondad con la ingratitud. De hoy en adelante seré en extremo respetuoso al devolver bondad con bondad” (L.Jong, *La rueda de las armas afiladas*, n.45). El bondadoso ha de ser fuerte no por sus propias fuerzas, sino porque cree firmemente en la fuerza de la bondad.
- *Cuando el llanto de los débiles no nos conmueve*: Es señal de que estamos lejos de la bondad. Dice Qohelet 4,1: “Observé la suma de todas las opresiones que se comenten bajo el sol: vi llorar a los oprimidos sin que nadie los consolase, sin que nadie los consolase del poder de los opresores”. J.L.Sicre afirma: “Una presentación no comprometida de los profetas equivale a traicionarles... les habría parecido absurdo hablar de las injusticias de hace siglos cuando tenemos tantas entre nosotros. Y blasfemo un estilo científico para hablar del llanto de los pobres” (*Con los pobres de la tierra*, p.13). El “llanto” de Pablo ha conmovido a la comunidad de Filipos, como el llanto de los necesitados conmovía a Jesús (Jn 11,35). Escuchar el llanto es la primera condición para el acercamiento y éste para la solidaridad. La impavidez de la sociedad ante el manifiesto llanto de los pobres no es sino el signo evidente de la necesidad de la bondad.
- *Acrecentamiento de sentido*: Este es uno de los mejores frutos de la práctica de la bondad. La enorme búsqueda de sentido que la persona emprende desde el inicio de su existencia y lleva hasta el fin de sus días puede verse coronada de éxito en la medida en que se practica la bondad. La maldad oscurece el sentido, lo nubla con tinieblas impenetrables. La bondad acrecienta la luz que es necesaria para dar con el sentido de esta vida. Las preguntas trascendentales de la exis-

tencia adquieren visos de lograr alguna respuesta en el marco de la bondad. “En cualquier dirección en que miremos, estamos rodeados por el mismo oscuro misterio. Y la paradoja es que, con todo y con eso, hemos de tener fe. Y si no encontramos esa fe, tenemos que edificarla, en la esperanza en que un día entenderemos el por qué y de que un día podamos alegar una causa de esa fe” (E. Wiesel, *Esperar a pesar de todo*, p.100). Pues bien, esa fe brota más fácil si se persiste en la bondad; si la persona se aleja de ella, las tinieblas arrecian.

- *Alegría en la adversidad*: Pablo llega a la conclusión de que, aun rodeado de situaciones duras, se puede mantener la alegría. A esa convicción le ha llevado no una teoría filosófica o religiosa sino el comportamiento solidario de los filipenses y, más al fondo, la entrega de Jesús. Cuando hablamos de esta alegría “que no se puede arrebatarse” estamos hablando de algo más que un mero componente de la psicología humana. La alegría común es frágil, fácilmente arrebatable. Se puede aspirar a un tipo de gozo estable y compatible con situaciones de evidente dificultad. ¿Es esto una quimera? La vida serena y sosegada de muchas personas marcadas por la limitación demuestra que no. Quizá para ello haya que dar un paso más allá del propio sufrimiento para descubrir en el otro la solidaridad que puede sacar a la persona de la cárcel terrible de su mal. Si se es capaz de echar la mirada a horizontes más amplios es entonces cuando se descubre la hermosura de la solidaridad fraterna. La adversidad retrocede hasta sus propios límites sin invadirlo todo.

## 2. Lectura social

No resulta difícil percibir que esta espiritualidad experiencial de la bondad toca aspectos sociales que merecen ser considerados. Así contribuye a enriquecer el mismo hecho social con valores que potencian lo mejor de la convivencia humana.

- *La urdimbre que genera las entregas sociales*: ¿Cómo se llega a generar entrega social? Evidentemente no es algo que brote por generación espontánea. Es preciso ir entrelazando actitudes que deriven en una creciente entrega a la comunidad. ¿a qué actitudes nos referimos? En primer lugar, un profundo amor a la vida, porque si no se ama el contexto general en que está enmarcada la existencia, ¿cómo se va a entregar uno a ella? Además se requiere llegar a la certeza de que el beneficio común es lo que más potencia a la propia persona, para huir de egoísmos anclados en el fondo del alma. Sería igualmente necesario hacer prácticas de gozo social, disfrutando con el conjunto de lo humano y lo creado, relativizando los exclusivos gozos personales. Se tendría que llegar a percibir que las raíces más hondas de la persona se enraízan en una historia común, que no es un desarraigado, sino que detrás de cada persona está la realidad de todo un colectivo. Finalmente, habría que mantener activa la utopía de la fraternidad universal, por encima de todos los egoísmos y del enorme daño que, con frecuencia, nos hacemos los humanos. Con estos elementos se puede pensar en que brote la entrega social. Algo de esto se vislumbra en la generosidad de los Filipenses con Pablo.
- *La recuperación de las alegrías sociales*: Sobre todo la alegría de ver que entre los humanos, desde la mandíbula de Dmanisi hasta la última de las ONG de hoy, ha existido la entrega a los débiles, por mucho que el nivel al que hemos llegado



no sea, ni mucho menos, el deseado. Es cierto, contra Darwin, que los grupos que tienen mejor futuro no son los más fuertes, sino los más solidarios. Por eso, al necesario aumento de la solidaridad habría de acompañar un crecimiento del gozo por la sociedad. Quien se entristece o protesta porque la sociedad vaya enfocando sus recursos (una partecita de ellos, nada más) a las causas de los pobres no solamente no entiende el Evangelio, sino que no está en los parámetros de lo humano. Cada logro social, cada pequeño avance en igualdad, en consideración y respeto, cada tratamiento positivo de quien soporta más los pesos de la historia, habría de ser celebrado como el mejor de los triunfos humanos.

- *Una fe inquebrantable en la persona y en la sociedad:* Es la que se demanda para mantenerse en la dinámica de la bondad. Hay mil y una razones para desistir, para apostatar de tal fe. Pero hacerlo, nos llevaría a una inhumanidad todavía mayor. “Ser hombre no es solamente un ideal, es también un estado. Si veo a otros hombres como hombres, eso quiere decir que tengo que disculpar o al menos comprender sus debilidades. Pero ser hombre implica algo más, un cierto idealismo, amabilidad, capacidad de comprender a los demás y una cierta imaginación. Si no existe eso en una persona, tengo que preguntarme: ¿Eres humano, capaz de obrar con humanidad? ¿Por qué no te comportas como lo que eres?” (E. Wiesel, *Esperar a pesar de todo*, p.87). Esta fe en la persona es la que demanda el Evangelio y la que ha abierto el secreto del corazón de los filipenses a Pablo. Sin ella, no habría sido posible mantenerse en el amor fiel.
- *El mal no tendrá la última palabra:* Es ésta una convicción que anida en el corazón de muchas personas, incluso de quienes han sufrido. Resulta estremecedor el primer párrafo de la introducción con que se abre el libro de J.A. Marina, *La lucha por la dignidad* (p.11). Reproduzcámoslo: “En Sierra Leona, los guerrilleros cortan la mano derecha de los habitantes de una aldea antes de retirarse. Una niña, que está muy contenta porque ha aprendido a escribir, pide que le corten la izquierda para poder seguir haciéndolo. En respuesta, un guerrillero le amputa las dos. En Bosnia, unos soldados detienen a una muchacha con su hijo. La llevan al centro de un salón. Le ordenan que se desnude. «Puso al bebé en el suelo, a su lado. Cuatro chetniks la violaron. Ella miraba en silencio a su hijo, que lloraba. Cuando terminó la violación, la joven preguntó si podía amamantar al bebé. Entonces, un chetnik decapitó al niño con un cuchillo y dio la cabeza ensangrentada a la madre. La pobre mujer gritó. La sacaron del edificio y no se la volvió a ver más» (*The New York Times*, 13-12-1992). Los periódicos están llenos de horrores. La historia también. Hitler, Stalin, Pol Pot y muchos otros deberían formar parte de un retablo maldito que no olvidáramos nunca”. ¿Podemos seguir hablando de dignidad, de bondad? Precisamente por ello hay que hacerlo con más ahínco. Precisamente porque la posibilidad del triunfo del mal se hace más cercana con hechos como éstos, hay que contrarrestarlos con la fe y la práctica de una bondad cotidiana. Las grandes inhumanidades se fraguan en el calendario de todos los días, en la vivencia de la ciudadanía. Ahí es preciso construir la certeza del triunfo del bien.

#### 4. Lectura espiritual

Lógicamente, este texto de Pablo apunta a actitudes de la comunidad cristiana que pueden ser iluminadas por lo vivido, sentido y creído por el apóstol. Así la Palabra se nos hace luz.

- *Vidas relacionadas, fe relacionada:* Una visión excesivamente verticalista de la fe ha llevado a pensar que lo decisivo era la relación con Dios. Si eso funcionaba, el núcleo estaba salvado. La relación con el prójimo, la solidaridad, la caridad era una consecuencia de esa experiencia con Dios. Pero hace tiempo que vamos entendiendo que el Mensaje, Pablo incluido, empuja en otra dirección: la relación con la persona es el núcleo de la experiencia creyente y la manera de construir la relación Dios. Es decir, no puede haber una fe saludable, sana, en una relación insana, inhumana. Por eso, los trabajos relacionales son, de alguna forma, trabajos creyentes. En el cultivo de lo humano se pone las bases para los procesos de la fe. “Lo verdaderamente humano implica una dialéctica entre amor y libertad que tiende a la identidad entre ambos. Una dialéctica muy típica de Jesús de Nazaret, pues entre las adjetivaciones que más le dedican los evangelios están la de la libertad y la de las ‘entrañas conmovidas’” (J.I. González Faus, *Calidad cristiana*, p.357). Sin esta conmoción en la relación, la fe desemboca en una adhesión ideológica. Nada que ver con el amor bullente a la persona que persigue el Evangelio.
- *Un enfoque humanista y sensato ante las divisiones eclesiales:* La vida eclesial, larga de siglos, ha estado y está siempre amenazada de divisiones de mayor o menor calado. En tiempos de Pablo era, también, mal corriente, como se muestra en 1 Cor o en Filp. La propuesta de Pablo es el recurso a la persona humilde y abajada de Jesús. Puede parecer una mística inservible ante el enconamiento que conllevan casi siempre las divisiones. Pero cabe preguntarse cómo le habría ido a la Iglesia en los momentos de peligro de división si en vez de reaccionar con la normativa lo hubiera hecho apelando incansablemente a la persona de Jesús, ahondando en su práctica, trabajando su propuesta de seguimiento. O más aún: si en esos tiempos de crisis impera la sensatez, la valoración del corazón de la persona, las estrategias de componente humano. Reaccionar ante el peligro de escisión con la norma, con la doctrina, con la desnuda apelación a la obediencia, es poner un mal remedio a la enfermedad. La historia, si no el Evangelio, tendría que enseñar a las comunidades cristianas que el rigorismo muestra, con frecuencia, la debilidad de la fe: “Si la iglesia fuese más ‘radical’ evangélicamente, tal vez no necesitaría ser tan ‘rigurosa’ legalmente. El rigorismo procede, más bien, del miedo, mientras que la radicalidad nace de la libertad, de la libertad de la llamada de Cristo” (J.B.Metz, *Más allá de la religión burguesa*, p.17). La radicalidad le acercaría mucho al Evangelio y podría entender mejor la propuesta de Jesús, nada rigorista, humana, cordial, acogedora. Quizá así el fantasma de la división se desvanecería.
- *Un Dios bondadoso, una comunidad de bondad:* La experiencia asentada de un Dios que es sólo bien, habría de llevar a la comunidad a ser, ella misma, bondadosa en el más elemental sentido de la palabra. La bondad de los filipenses no brota únicamente de un sentimiento agudo de filantropía y compasión humanas, sino también de una percepción de la bondad de Dios derramada en la vida de cada uno. Una comunidad bondadosa es aquella en que la persona concreta, con sus límites y valores, es el centro y lo que, por encima de todo, ha de ser preser-

vado. Es una comunidad donde el perdón, la acogida, la comprensión, la flexibilidad, son valores de uso corriente y de recurso inmediato. La comunidad bondadosa se hace cercana a las situaciones humanas de mayor dificultad y lucha con tenacidad por el reconocimiento de la dignidad de los más excluidos. Una tal comunidad es la que elabora estrategias y planes concretos para hacer retroceder a la injusticia, a la pobreza, al dolor y a cualquier otra constrictión que aflige la existencia humana.

- *El Evangelio como ganancia*: Es algo que Pablo ha experimentado de manera bien concreta: andar por la senda del seguimiento reporta “ganancias”. ¿Qué tipo de ganancias? La evidencia de la solidaridad en momentos de desamparo, el gozo de ver crecer al otro, la percepción de un aumento de coherencia personal, la alegría de percibir que la diversidad de los cristianos caminan en la misma dirección vital, la sensación de tener amparo en los brazos del hermano, la certeza de la utopía de la fraternidad palpada en la comunión fraterna, la sorpresa de ver que el hermano está dispuesto a entregas totales (caso de Epafrodito), el regocijo de ver cómo la honda amistad se mezcla a la honda fe y que ambas persisten en el tiempo. Son auténticos “bienes”, ganancias verdaderas, tan importantes, o más que, las económicas o las relativas a la salud física. Percibir que en la vida se acumulan esta clase de ganancias es decisivo para concluir que vida y fe andan mezcladas.
- *La asignatura pendiente de la alegría*: Lo es para el común de las comunidades cristianas. Siempre se ha acusado al cristianismo de su adustez, de su dolorismo, de su negación del placer. Pablo vive regocijado sus buenas y profundas relaciones con la comunidad de Filipos. Por eso, el tema de la alegría se mezcla a cada párrafo de la carta. Como decimos, la alegría es asignatura pendiente. Nada digamos de la espiritualidad del placer o del disfrute. ¿Qué futuro tiene la experiencia cristiana? Si seguimos manteniendo que dicha y cristianismo hoy son poco compatibles, el futuro es poco. Alejarse de la espiritualidad del gozo es desfigurar lo que Jesús representa para la humanidad. Por eso, el futuro del cristianismo está ligado a un mensaje de felicidad y de bienaventuranza. Para lo cual: abandono del Dios violento; abandono de la ética de obligación sustituyéndola por la de necesidad; abandono de la espiritualidad del dolor y del sacrificio por la de la felicidad. Es preciso elaborar una mística de la felicidad: una felicidad que se construye, que apunta sobre todo a los otros, que no se impone sino que se contagia.
- *Benignidad con el pueblo judío*: Pablo es duro a veces, como en esta carta, con su propio pueblo. El fragor de la disputa lleva a extremos. Los comportamientos de los cristianos con el pueblo judío no han sido históricamente muy positivos que digamos. No podemos reorientar el pasado, aunque sí el futuro. Las relaciones entre cristianismo oficial y judaísmo quizá estén hoy mejor que nunca. Desde *Nostra aetate* del Vat.II hasta el último Sínodo de Obispos de 2008 en que el rabino Shear-Yashuv Cohen formó parte del mismo, las relaciones han mejorado. Dice el documento final de tal Sínodo: “Por los caminos del mundo la Palabra divina genera para nosotros, los cristianos, un encuentro intenso con el pueblo judío, al que estamos íntimamente unidos a través del reconocimiento común y el amor por las Escrituras del Antiguo Testamento, y porque de Israel ‘procede Cristo según la carne’ (Rom 9,5)” (*Mensaje al pueblo de Dios*, n.14). Esta be-

nignidad ha de sobrepasar y cuestionar los comportamientos opresores del actual pueblo de Israel con la nación Palestina. Pero los valores espirituales persisten y, liberados de prejuicios, podrán contribuir a una fase distinta de entendimiento entre las diversas religiones.

## Conclusiones

Terminemos nuestra reflexión sintetizando en cuatro pensamientos las intuiciones y valores de fondo que desvelamos en la carta de Pablo a los de Filipos:

- Pablo nos hace un beneficio al poner sobre la mesa una cierta espiritualidad de las raíces de la bondad. Con ello nos predispone a mantener viva la utopía del bien y, lo que es más importante, a animarnos a ponerlo en práctica.
- Según Filp la bondad se palpa inicialmente en la solidaridad humana. Esto es decisivo para que el mecanismo funcione. Luego, ahondando, el creyente descubre que la raíz de tal bondad puede ponerse en la entrega de Jesús, el bueno como Dios.
- Es cierto que la maldad está ahí, y en modos muy agudos. Pero también lo está la bondad y su honda necesidad. Los creyentes habríamos de irnos situando, ideológica y prácticamente sobre todo, en el campo de la bondad. Es el campo del Evangelio.
- El testimonio de la bondad es absolutamente necesario no solamente para hacer creíble la fe sino, más a la base, para hacernos creíbles nosotros mismos como personas. Sin este testimonio que brota de la más sencilla cotidianidad, el hecho religioso se convierte en una superestructura.

La bondad nos acredita como personas y como creyentes. Cuando nos preguntamos de dónde brota, los cristianos tenemos una respuesta: del fondo de lo humano, de la entrega de Jesús y del amor extraño de un Padre que nos busca con pasión y nos quiere buenos.

## Bibliografía

- CAUSSE, J.D., *El don del ágape. Constitución del sujeto ético*, Ed. Sal Terrae, Santander 2006.
- GONZÁLEZ FAUS, J.I., *Calidad cristiana. Identidad y crisis del cristianismo*, Ed. Sal Terrae, Santander 2006.
- JONG, L., *La rueda de las armas afiladas*, México 2002.
- MARTÍN GARZO, G., *El hilo azul. La pasión de contar, el secreto placer de leer*, Ed. Aguilar, Madrid 2001.
- MENSAJE AL PUEBLO DE DIOS DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS SOBRE LA PALABRA DE DIOS, Octubre 2008.
- METZ, J.B., *Más allá de la religión burguesa*, Ed. Sígueme, Salamanca 1982.
- SÁBATO, E., *Antes del fin*, Ed. Seix Barral, Barcelona 1999.
- SICRE, J.L., *Con los pobres de la tierra. La justicia social en los profetas de Israel*, Ed. Cristiandad, Madrid 1984.
- WIESEL, E.-J.B. METZ, *Esperar a pesar de todo*, Ed. Trotta, Madrid 1996.

***Profesor Fidel Aizpurúa Donazar***